

Palos de ciego

Además de un canalla miserable mi padre era ciego. Condición que, dada la vulnerabilidad que se les supone a los invidentes, de puertas para afuera le confería cierto halo de compasión. Aunque, quienes le sufríamos en el interior de la casa, tras esos muros que albergan los secretos de familia que rara vez se expurgan en el exterior, sabíamos que su villanía no estaba condicionada por su ceguera. Mi padre era un hombre malo. Simple, pura y llanamente. El hecho de que hubiera perdido la visión paulatinamente a medida que avanzaba en edad, sólo podía obedecer a uno de esos castigos divinos que en ocasiones se denominan como justicia poética, pero que no logró mermar lo más mínimo la mezquindad de un hombre que, aun ciego, era temido por todos en la casa como si conviviéramos con el mismísimo diablo.

Recuerdo el rostro de mi madre descompuesto en una mueca aterrada cuando su esposo regresaba de las labores del campo, antes de que su entorno demudara para él en poco más que unas sombras nebulosas, que precedieron a la absoluta oscuridad. Llegaba con las manos encalladas cubiertas de barro seco, la azada a la espalda, el cinturón flojo por debajo del vientre y esas pupilas aceradas de quien quiere cargar sobre lomo ajeno la desazón de una vida

absurda. A veces, las más, lo pagaba con ella. Arrastraba a madre hasta el cuarto y durante un cuarto de hora se le oía rezongar como un puerco en el barro por encima del sollozo quedo de una mujer que moriría sin llegar a comprender cómo pudo llegar a pasar la mayor parte de su vida con un villano, que en ningún momento de su relación, ni siquiera cuando ennoviaron a los trece, había hecho mención alguna por ocultar su crueldad.

Sin embargo, para madre, lo peor era cuando llegaba borracho de la tasca, con el hablar confuso de lengua gorda y la mirada vidriosa, que se enturbiaba cuando miraba a mi hermana mayor. La saliva blanquecina en la comisura de los labios, la postura ladeada, el cuello caído, la mano suelta. Nunca he llegado a saber si se sobrepasó con la única hija que engendró como primogénita de los tres varones que la continuamos. Aunque tampoco puedo afirmar que no lo hiciera y mi hermana ya no está para corroborar una cosa u otra; murió a los veinte. Dicen que trató de subirse a uno de los vagones que cruzaban en el pueblo frente a la alberca en su paso para la ciudad. Padre no le daba un real y no tenía más bien que su cuerpo y las raídas ropas que vestía, por lo que se conjeturó con la idea de que al tratar de subirse en marcha al tren, un traspiés la llevó a las vías y el vagón la repartió a lo largo de casi dos kilómetros.

Yo nunca he creído que fuera así. Siempre he pensado que simplemente se dejó vencer por el miedo de quien no ha conocido otra cosa que la crueldad del ser humano a lo largo de su vida, por más que esta haya avanzado bien poco. Había ennoviado con Toribio, el hijo del boticario, hacía dos años. Y se decía que era de los que llegaban a casa con el cinturón en la mano. Supongo que hay personas que nacen con el sino cruzado y mi hermana comprendió que poco podía hacer para cambiarlo, salvo darlo por concluido.

Para cuando eso ocurrió padre ya no veía otra cosa que un telón negro. Y mi hogar, pues de alguna manera hay que denominar a la casa donde transcurrió mi infancia, se convirtió en un lugar silencioso, donde hasta los gatos peregrinaban de puntillas.

Su ceguera, no obstante, hizo que sus otros sentidos se agudizaran de tal modo que era capaz de reconocernos a todos por el olor o la forma de andar, e incluso acertar la distancia a la que nos encontrábamos de él. Caminaba tanteando su entorno con un bastón grueso, apenas un cayado de madera de boj con el que apartaba los muebles, ubicaba las puertas y, de paso, acertaba sobre la espalda de cualquiera de los hijos que no respondiera a su llamado.

Ni siquiera las estratagemas que fuimos urdiendo con el paso del tiempo consiguieron librarnos de él. Comenzamos a ducharnos sin emplear jabón y nunca vestíamos zapatos dentro de la casa, para que los calcetines amortiguaran nuestro tránsito por las habitaciones y el porche trasero, aunque la madera seca nos traicionase en numerosas ocasiones.

La vida de padre se limitó a permanecer sentado en el descansillo que mediaba entre la puerta de entrada de la casa, donde la luz de la cristalera le alumbraba el rostro enjuto, cada vez más flaco, y el resto de estancias. Se quedaba ahí, sumido en ese vacío caliginoso por el que transcurre la vida de los ciegos que un día contemplaron lo que les rodeaba, mascullando su suerte charra. Apenas se movía, mientras esperaba oler el sudor de uno de nosotros o escuchar el siseo de la cerradura, quizá el transitar de nuestros pies cerca de él.

Cuando eso sucedía, cuando descubría que uno de nosotros se encontraba cerca, inmerso en uno de esos mutismos en los que tratábamos de protegernos

de él, con una velocidad imposible lanzaba un mandoble con su cayado de boj que nos acertaba de pleno. Hasta tal punto había afinado sus sentidos que era capaz de reconocer cuál de sus hijos era el que estaba cerca de él, la distancia a la que se encontraba y, principalmente, la altura a la que tenía que lanzar el mandoble para que el extremo más grueso de su vara alcanzase el costado del sigiloso vástago.

Tras el grito de dolor que el hijo en cuestión exhalaba quejicoso, doblándose sobre su costado, a veces sobre el suelo, padre pedía cualquier cosa. A veces un chato de vino o un trozo de queso con una rebanada de pan del día, o que se le leyera las noticias deportivas del diario, para comprobar si su equipo había vencido en el último encuentro. Sandeces sin sentido con las que justificar el lance.

Después, simplemente sonreía satisfecho, con las pupilas vueltas hacia la nada y las dos manos rodeando con tanta fuerza el bastón de boj que los nudillos le blanqueaban por la presión.

Antes de que sucediera lo de Carlo, el segundo de mis hermanos, yo ya había adquirido la capacidad, casi espectral, de moverme por la casa como si fuera un fantasma. Incluso el sinuoso aleteo de los libros del colegio, cuando hacía los deberes en mi cuarto, era más ruidoso que mi transitar por la casa. Ni un fantasma hubiera sido capaz de moverse con mayor cautela y más sigilo que el que yo empleaba para ir de un lado a otro. Incluso, con el paso del tiempo, confiado del don que había amestrado con el tiempo por el terror que sentía por mi padre, empecé a arriesgar, consciente de que, posiblemente, era la persona en todo el mundo que más se acercaba a la invisibilidad.

Cuando sabía que nadie iba a entrar en casa en unas horas, y que mi padre pasaría ese tiempo sentado en su butaca de la entrada, con el bastón de boj entre las manos, esperando un movimiento a su alrededor contra el que descargar su frustración, caminaba por la casa hasta colocarme en la entrada frente a él. Recorría los pasillos con calma, cuidando de no realizar el más mínimo sonido que pudiera alertar al diablo de mi presencia. Cuando llegaba a la entrada me posicionaba delante de él, a apenas un par de metros y me acucillaba rezando para que mis rodillas no crujieran al doblarse, empleando la mano derecha como tercer punto de apoyo, en una posición similar a la que tomaban los futbolistas de la primera fila, en las formaciones de rigor que alineaban para las fotos de la prensa antes de dar comienzo el partido. Podía permanecer allí el tiempo que quisiera sin que él intuyera mi presencia. Incluso era capaz de adaptar mi respiración a expiraciones tan cortas y breves que parecía imbuido en un estado de hibernación del que podía salir cuando yo lo deseara.

De vez en cuando mi padre expelía una ventosidad o giraba la cabeza orientado el oído hacia el pasillo interior de la casa, sin duda buscando el más mínimo sonido que le llevase a pensar que no estaba solo allí. En ocasiones le escuchaba mascullar imprecaciones sotto voce. Nos maldecía a mí y a mis hermanos, a mi madre, a la que tildaba de «zorra», creyendo que mientras estaba fuera de casa paseaba el palmito de alcoba en alcoba, cuando en realidad se desollaba las rodillas de baño en baño, para tener cuatro reales con los que seguir llenando los platos, cada vez de forma más exigua.

Cuando llegaba a aburrirme la victoria que suponía permanecer frente al tirano sin que fuera capaz de detectarme, me incorporaba lentamente y, antes de

abandonar la entrada, daba un manotazo al aire para que el aire movido con la palma de la mano le alcanzara. Casi de inmediato, al sentir la caricia del aire, mi padre fruncía el ceño y volvía la cara hacia el pasillo por el que yo había huido. En ocasiones llamaba a alguno de sus hijos al alzar, pero ni cuando decía mi nombre respondía. Lo que nunca hubiera imaginado es que mi padre algo sospechaba y que aquel juego no estaba consiguiendo sino aumentar su furia interna. Una cólera que descargó contra mi hermano Carlo, como ninguno en casa hubiéramos creído posible que un padre pudiera emplear con su propio hijo.

Aunque era yo el que había perfeccionado la técnica hasta prácticamente la invisibilidad, tanto mis hermanos Carlo y César, como mi madre, paseaban de puntillas, almohadillando sus pasos cuando lo hacían cerca de mi padre. Él, para infundir cierta confianza al resto de la familia, había dejado de sujetar el bastón entre las manos y lo dejaba a su diestra, sumergido en un paragüero de latón que había trasladado de la puerta de entrada hasta el costado de su silla. Pero sólo era un señuelo, un cebo que mi hermano Carlo mordió sin ser consciente de que sería lo último que haría en su vida.

El golpe seco se escuchó por toda la casa, continuado por el sonido que provocó el cuerpo de mi hermano desplomándose. Para cuando salimos al pasillo mi madre y yo, —César estaba trabajando como mozo de carga en un almacén de hortalizas—, mi padre se encontraba en pie sobre el cuerpo inerte de mi hermano. Carlo, con los ojos muy abiertos y un reguero de sangre descendiendo por su rostro desde el cuero cabelludo, mostraba ese gesto de quien parte de la vida sin haber sido capaz de encontrar el significado de la misma.

Mientras mi madre gritaba y recogía la cabeza de mi hermano entre sus manos, mi padre, como si aquello no fuera con él, regresó a su silla con el asiento de esparto, hundió el bastón de boj en el paragüero y volvió a adquirir ese gesto neutro que solía lucir por costumbre. Aunque yo sé, tengo la certeza absoluta de ello, que sonreía por dentro.

—¿Cuándo va a estar lista la cena?

Eso fue lo único que preguntó al rato, después de que entre mi madre y yo arrastráramos el cuerpo de Carlo hasta su habitación y ella me dijera que no podíamos decir que había sido mi padre, que no podíamos perder su pensión, que debíamos decir que había sido un accidente. Fue en aquel instante y no en otro cuando supe que yo también moriría como Carlo, sin encontrar el sentido de la vida. Es más, estaba dispuesto a seguir viviendo sin tartar de buscarlo. No me importaba en absoluto. Tan sólo deseaba huir de aquel lugar, de aquella casa donde reinaba el miedo. Por aquel entonces tenía catorce años y no pensaba esperar a ser mayor de edad para hacerlo. Esa era la única certeza que me alcanzaba; esa y saber que mi padre, ese ser que no había hecho otra cosa por mí que dejarme en el interior del útero de mi madre en mitad de un placentero espasmo, no volvería a escucharme llamarle padre jamás, por mucho que viviera.

En un pueblo pequeño y más por aquellos años, las muertes accidentales como la de mi hermano apenas eran investigadas por una Guardia Civil, más preocupada en ir recaudando de finca en finca, que por saber la verdad sobre la muerte de uno de los hijos de un pobre ciego. Mi hermano César ni siquiera acudió a las exequias. Cuando regresamos de dar sepultura a Carlo bajo la misma lápida en la que habíamos grabado el nombre de mi hermana, ya no

estaba allí y no volvimos a saber de él hasta dos años más tarde, cuando pasó a ser el tercer nombre de aquella fosa, después de que la policía le encontrara en un polígono de Zaragoza, con una navaja hundida en el costado. Aunque, para entonces, ni siquiera yo seguía en el pueblo. Hui de él cuando mis juegos de invisibilidad dejaron de ser tan divertidos y supe que, tarde o temprano, acabaría por dejarme vencer por la ira que rezumaba de mi interior cada vez que escuchaba a mi madre llorar o a mi padre golpearla con aquel bastón de boj, que asocié al tridente del Luzbel.

Me marché con diecisiete años, sin un duro en el bolsillo y tanta bilis en los labios que creí que jamás en la vida encontraría algo que lograra endulzarlos. Ya no me quedaban hermanos, padre nunca había tenido, y madre... madre se había condenado a su propio sino. Puedo decir que la quería, o al menos que sentía por ella algo parecido al amor —creer en ese sentimiento habiendo crecido en un hogar como aquel resultaba una quimera—, pero no podía permanecer allí. Hacerlo hubiera sido engayolar mis tobillos a un ancla que me llevaría, de forma irremisible, cada vez más hondo, más profundo en ese océano de mezquindad en el que mi padre, y mi madre con su conmiseración hacia él, habían zozobrado hasta provocar el naufragio de toda su familia.

Con mis nulos estudios y las escasas habilidades mostradas a lo largo de toda mi infancia y posterior mocedad, pocas opciones me quedaban para ganarme la vida que aplicar en ella el sigilo e invisibilidad que había mejorado en la convivencia con mi padre. Además, una familia como la mía, con una hermana suicidada y dos asesinados, no hubieran tenido una continuación lógica si yo hubiera acabado como banquero, profesor de escuela, médico, abogado —

bueno, quizá abogado sí— o celador de hospital. Tenía que emplearme en algo en lo que pudiera volcar mis aptitudes, así que opté por convertirme en ladrón. Puedo decirlo con cierto orgullo, por más que a los de mi condición siempre se nos haya catalogado simplemente como unos delincuentes, unos vagos sin oficio ni beneficio que se benefician sin miramientos del trabajo ajeno. Y no porque hubiera demudado en un Robin Hood moderno, de ninguna manera. Lo que robaba lo robaba para mí, pero jamás lo he hecho con ningún necesitado, ni en empresas que pudieran, finalmente, acabar restando a sus empleados la rémora de lo que yo les hubiera escamoteado.

Dadas mis capacidades, me especialicé en robos a domicilios, bien de familias acomodadas, que podían sortear con sencillez que les sustrajera unos cuantos billetes y, quizá, algún ordenador o equipo electrónico, bien en casa cuyos seguros satisfacerían con creces todo lo sustraído. Miriam, una joven con la que durante un tiempo llevé algo parecido a una relación, trabajaba en una agencia de seguros del centro y me pasaba la información de las casas que, teniendo una importante suma asegurada, no poseían empero una alarma mínimamente decente. Al principio, mientras manteníamos esa relación, lo hacía de forma desinteresada. Cuando nuestros escarceos furtivos cesaron, ese altruismo demudó en un veinte por ciento con el que yo cumplía sin reparos.

Sin embargo, el gran golpe, el que llevaba barruntando desde hacía años, no entraba dentro de los consejos de Miriam ni, obviamente, le rendiría el beneficio habitual. Aquel robo era mío, única y exclusivamente mío. Hacía dos meses que había cumplido los treinta y cinco. Y, al igual que con todos los anteriores, no lo celebré.

Entré en la casa por una de las ventanas traseras. Estaban todas cerradas, pero algo tan sencillo como un alambre lubricado puede hacer maravillas con los resortes de las ventanas viejas y, además, hacerlo de una forma silenciosa.

Ya en el interior, caminando de puntillas tan cerca de la pared que sentía la caricia de algunos cuadros sobre la espalda, transité por un hogar silencioso y lóbrego, sumido en una penumbra en la que había aprendido a moverme con la soltura de quien prefiere la sombra a la luz para vivir una existencia segura y anodina.

Cuando alcancé la sala en la que sabía que estaba el objeto que había decidido robar en aquel lugar, padre seguía allí, sentado en la silla de costumbre sobre una masa mefítica de heces y orina, que habían desbordado por completo sus pañales. Tenía la cabeza ladeada y una viscosa y exagerada gota de saliva le caía desde la comisura del labio hasta el hombro. Vestía, únicamente, el pañal rebosado, unas zapatillas de paño renegridas y una camiseta de tirantes que en tiempos debió ser blanca, constelada con un sinfín de manchas de todo tipo de colores y procedencia.

Hacía cuatro años que madre había muerto. Así al menos me lo había hecho saber doña Concha, la del colmado, mediante su hijo Miguel, la única persona del pueblo con la que seguía teniendo cierto contacto; lo que se resumía en que tenía mi número de teléfono y sabía en qué ciudad vivía. No acudí a las exequias, para qué, ya estaba muerta cuando me fui, aunque su corazón siguiera latiendo, más por costumbre que por deseo.

Sin embargo, no fue hasta que regresé al que había sido mi hogar años atrás, cuando comprendí que había muerto. La sensación de abandono de aquel lugar, la mugre que cubría las paredes, la loza quebrada que alfombraba la cocina y,

sobre todo, el estado de mi padre, eran evidencias de la muerte de madre mucho más relevantes que un nombre y unas fechas en la lápida, junto a las de mis hermanos.

En silencio, como el fantasma en que me había convertido cuando vivía en aquel lugares, alargué la mano hacia el bastón de boj. Mis dedos se cerraron alrededor de la empuñadura con suavidad, sin prisas que pudieran hacerme cometer un error y emitir el más mínimo sonido que le advirtiera al diablo de mi presencia. Incliné levemente el bastón para apartarlo del borde metálico del paragüero y lo elevé, extrayéndolo por completo.

Después me erguí con él en la mano y el mismo sigilo con el que había robado cientos de hogares y, antes que eso, había permanecido horas frente a ese ser al que se me obligaba a llamar padre, analizando sus gestos, congratulándome de mi invisibilidad a sus sentidos.

Lo tenía ahí, a mi merced, dispuesto a pagar por todo cuanto me había hecho sufrir en mi infancia. A mí y a mi familia; esa misma que descansaba en el camposanto del pueblo. Puede que, literalmente, él solo hubiera sepultado a Carlo, pero yo sabía que era el germen de todas y cada una de las muertes que se habían dado en la familia, el responsable de toda la miseria en la que nos habíamos embadurnado, como guarros que se revuelcan en el fango y hacen de ello algo natural, sin ser conscientes de que, a unos metros del lodazal, hay arroyos de agua límpida.

Cuánto tiempo, cuántos años había soñado con ese instante, con arrebatarse en silencio su bastón y estrellarlo en su cabeza sin que fuera consciente de lo que ocurría, tal y como le había pasado al bueno de Carlo. Y ahí estaba, blandiendo

el bastón de boj en alto, conteniendo la furia para que no avivase mi respiración y anunciara mi presencia al diablo. Sentía los latidos en mi garganta. Inicié la cuenta atrás deleitándome en la apacible estupidez de aquel hombre al que hubo un tiempo en el que le llamaba padre.

Tres, dos, uno...

Sin embargo, no le golpeé. En el preciso instante en el que iba a lanzar con todas mis fuerzas el bastón sobre su cabeza vi algo, un pequeño detalle que no debía estar ahí, que echaba por tierra aquella venganza. Una lágrima. Se negaba a derramarla, pero pude verla restallar en la comisura de su ojo derecho, deslizándose hasta abarcar el párpado.

Sabía que estaba ahí. No lograba comprender cómo había podido escucharme, u olerme, pero lo sabía. Padre tenía la certeza de que el más pequeño de sus hijos, el que burlaba sus vigías acucillándose en silencio, invisible, a unos metros de él, había regresado para cumplir con su venganza de hijo mancillado. Al observarle con detenimiento empero, pude comprender que no lloraba por miedo, ni por frustración, sino por todo lo que le rodeaba. Que le diera muerte allí mismo no sería para él sino una liberación, y de ahí esa lágrima. Esa lágrima emocionada.

Destensé los brazos y bajé el bastón.

Ahí se encontraba, sentado sobre su propia mierda, con la baba colgando y la piel craquelada por la dejadez y la falta de la más mínima higiene. Anhelaba la muerte como el sediento suplica por hallar un oasis. Lo supe en aquel instante. Y si hubiera tenido agallas para hacerlo él mismo, tal y como en su día había

hecho la hija que probablemente mancilló hasta corromperla por dentro y por fuera, lo habría hecho, pero era un cobarde. Prefería esperar el paso de la parca ahí sentado, consumiéndose lentamente. Por eso se había emocionado al sentirme. Porque creía que había llegado ese momento.

Acerqué mis labios a su oído y le susurré como si fuera el fantasma de un viejo caserón avisando a la nueva inquilina de su error al ocupar la casa.

—Hoy no vas a morir, viejo —bisbiseé con voz queda.

Ni siquiera se inmuto. Permaneció con ese orgullo bastardo de quien no es capaz de descubrir que existe más allá del velo que impone a la realidad su mezquindad. Colocó las manos sobre sus rodillas y las apretó con las escasas fuerzas que aún conservaba.

Después, sin tener que conservar el sigilo con el que había entrado en su casa —jamás sería la mía. Puede que nunca lo hubiera sido—, salí de allí y caminé hasta el cementerio del pueblo llorando. No recordaba cuándo había sido la última vez que lo había hecho, puede que durante el entierro de Carlo, pero no estaba seguro de ello.

Cuando alcancé la tumba de mi madre y mis hermanos apoyé el bastón de boj contra la lápida y lo quebré por la mitad de una sola patada. Dejé los restos ahí, como derrelictos de un antiguo naufragio y regresé a mi vida.

A los cuatro meses tuve noticias de la muerte de mi padre y de que había sido enterrado en la tumba familiar. Regresé al pueblo de noche, me colé en el campamento a hurtadillas y arranqué, una a una, las letras y números de metal dorado que anunciaban que, junto a mi madre y hermanos, ahí se había dado sepultura a Simón Verano Robles. He robado mucho antes y después de aquella noche,

pero no hay hurtos que más me hayan satisfecho más a lo largo de toda mi vida que el de aquellas letras que anonimizaron la presencia de ese hombre entre los míos y el bastón de boj con el que le condené a no morir a mis manos, y seguir haciéndolo día a día, lentamente, consumido por el deletéreo aliento de su propio odio; consciente de que esa había sido mi venganza.